EL CARRETILLERO

Es el tipo que para la cuestión de transportes priva ahora por excelencia en San Sebastián. Ha desbancado al *itzaya,* al de la *rastra* o *lera,* y ha quitado mucho al antiguo camión.

No me refiero al hombre que va con la carretilla de mano, llevando poca carga porque no puede más; u otros como en Vitoria con una diminuta carretilla que apenas tiene espacio para un pellejo de vino, quizás porque la pendiente empinadísima de San Miguel y bajadas adyacentes no permitan más, o porque haya un impuesto o arbitrio sobre cada *zagi,* y esté establecido un monopolio del Ayuntamiento o la Alhóndiga de Gazteiz; quiero recordar en estas pobres líneas de un viejo, el tipo del hombre que va guiando una carreta larga de dos ruedas, arrastrada por un caballejo.

De nuestros tiempos de niñez, apenas si existían en Donostia más que dos carretillas arrastradas por tracción de sangre, como diríase ahora: la de Pedro *Chiki,* que tenía una jaquita muy mona, que alguna vez que otra alquilábamos para montar, mediante diez reales que chiscábamos a la madre, y la de Carlos, el de las legendarias patillas. Este último poseía para sus faenas una yegua, mas indómita para dejarse montar.

Ambos industriales acrecentaron después sus transportes y restaron bastante de sus faenas a aquellos primitivos y largos carros de a dos ruedas de *Basīlio,* con sus famosas yeguas normandas ventrudas y pesadas, *grosse cavallerie,* pero de mucho aguante y arrastre.

El carretillero de ahora, emplea generalmente su vehículo para uso de maleteros, y, por consiguiente, para llevar equipajes, etc., alguna vez muebles en mudanza de casas, pero el fin más primordial de la ac-

tual carretilla de un caballo, es para llevar pescado, el fresco, a las estaciones y mercados.

Pero *¡quantum mutatus ab illo!* desde los tiempos de Pedro Chiki y *Karlos* a nuestros días.

Entonces el conductor iba dirigiendo su carro a pie, por medio de largas bridas y al costado izquierdo, o a lo sumo sentado en la parte delantera de la carretilla, de donde arrancan las varas, al estilo de aquellos tartaneros o carteros de *manuelas* que conducían a los toros aquellas mujeres hermosas, cuyos deliciosos tipos de coches nos dejó pintados el gran Goya.

En la carretilla donostiarra se hizo la implantación de un pescante en la parte derecha del carro, más próximo a las ancas del caballo, pero no se ha generalizado. Ese asiento incómodo, duro y nada práctico, estaba sostenido sobre tres pies derechos, y hacía el remedo de esos estrapontines que suelen adaptarse en un teatro adosados a las filas de butacas para tener un asiento más, en caso de lleno, o como sucede en los pasillos de los coches del lujoso sudexpreso, o en los automóviles de nuestros días, vamos, para aprovechar más el coche.

El estrapontín de las carretillas no ha prosperado porque era incómodo para el conductor, quien no siempre podía ocupar ese pescante aéreo, para conservar el equilibrio de peso en la carretilla, de manera que no *matase* al pobre automedonte.

Además, era de una barbarie antiestética el tal pescante angular.

El tipo actual del carretillero, lo mismo cuando conduce pescado que cuando va de vacío, es sencillamente delicioso. En el centro de la carretilla o al extremo inferior de la misma, de pie, con su larga blusa flotante, haciendo el equilibrio con su propio cuerpo y el ligero apoyo en las largas bridas del caballo, nuestro famoso carretillero da la sensación de un Neptuno pobre o de uno de aquellos guiadores de carros romanos; pero aunque más modesto, el tipo es simpático.

Pero donde hay que ver al carretillero es de noche; de pie en el centro del carro, sostiene en la mano derecha las bridas y en la izquierda una vela encendida rodeada de un papel blanco, triste remedo de esos huevos blancos de focos eléctricos, o recuerdo de los candeleros escomados de papel, cuando sin aparecer todavía los faroles a la veneciana, se adornaban los balcones con luminarias por orden de la autoridad municipal, en el San Sebastián antiguo. Delicioso nuestro hombre, como dirían en Buenos Aires.

KASO